

COMEDIA FAMOSA.

AMPARAR AL ENEMIGO.

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Carlos Pacheco.

Mendo, Criado.

Elvira, Criada.

Muñoz, Criado.

Don Pedro de Acuña, Viejo.

Doña Violante.

D. Diego. Lisardo.

Doña Leonor.

Inés, Criada.

JORNADA PRIMERA.

Salen D. Carlos y Muñoz.

*Carl. F*Uiste á la Estafeta?

Muñ. Sí.

Carl. Hallaste carta? Muñ. Si hal'é.

Carl. De Madrid? Muñ. De Madrid fue.

Carl. Damela, pues.

Muñ. Vesla aquí.

Carl. La letra es de Don Fernando

de Acuña mi amigo, vella

deseaba, porque en ella

aviso estoy esperando

de lo que habrá sucedido,

despues que en Valladolid

estoy, y dexé á Madrid;

porque aquel hombre atrevido,

á quien di muerte enojado

por los zelos de Leonor,

en cuya ausencia mi amor

sirve solo á mi cuidado.

Muñ. Juro por Dios que no acabo

de entenderte por donde vas:

declarate un poco mas,

ó trae una glosa al cabo.

Tú siempre no te has llamado

Don Carlos Pacheco? Carl. Si.

Muñ. Pues cómo te llama aquí

Don Lorenzo de Alvarado

este que te escribió hoy?

Carl. Tienes mucho que saber;

ahora dexame leer

esta carta. Muñ. Atento estoy.

*Lee Carl. Amigo, no he podido averignar
qué hombre fue aquel con quien reñisteis,
y juzgo que no murió de las heridas, por-
que no es cosa para ocultarse á mi dili-
gencia. Hablé á Leonor en vuestro suceso,
y la hallé con noticias de que os casais con
vuestra prima, tendreisla ya en esa Ciu-
dad, porque su padre ha ido con su casa
á asistir á unos pleytos. Estad advertido,
y avisadme, pues me teneis muy cuidado-
so. Dios os guarde.*

Don Fernando,

Leonor en Valladolid,

no sé si me pese de esto,

Muñ. Pues por qué?

Carl. Por qué.

Muñ. Por qué?

Carl. Porque quando salgo huyendo

A

de la prision de mi amor
 impelido de los zelos,
 será locura volver
 á vista del cautiverio:
 que yo sé bien lo que pueden
 sus ojos en mí, no quiero
 ver triunfar á su hermosura
 en hombros de mi escarmiento.
 Dos años dí de mi vida
 á su engaño, y me arrepiento
 de suerte, que me parece
 que esos solos tengo menos.
 Bien puede ser que ella entonces
 no diese causa á mis zelos,
 pero ya yo me empeñé,
 y el hombre que juzgué muerto,
 me hizo salir de la Corte
 habrá apenas mes y medio.
 Y diciéndole á mi padre,
 que venia con intento
 de casarme con mi prima
 á esta Ciudad encubierto,
 en ella estoy aguardando
 á cobrar unos dineros
 para dar la vuelta á Flandes.
Muñ. Vive Christo, que es muy bueno.
 Dicesle á tu pobre padre,
 que vienes al casamiento
 de tu prima á esta Ciudad,
 y en pescándole el dinero
 quieres escurrir la bola?
Carl. Qué puedo hacer si el empleo
 de Violante ha sido siempre
 contra mi gusto? supuesto
 que dicen que es muy hermosa,
 que no la he visto, ni tengo
 gusto, Muñoz, para nada
 desde que vine, y por eso
 he dispuesto la cobranza
 sin que me vea Don Pedro
 su padre, y mi tio, y hago
 que me llamen Don Lorenzo
 de Alvarado, que este nombre
 tuve en Flandes otro tiempo,
 quando me importó ocultar
 el de Don Carlos Pacheco,
 por el suceso que sabes.
Muñ. Haces bien en disponerlo

sin que Don Pedro te vea;
 porque si mal no me acuerdo,
 estuvo en Madrid, y es fuerza
 que te conozca.
Carl. Ese riesgo
 me hace andar tan recatado.
Muñ. Ya yo lo voy entendiendo.
 Pero hablando en puridad,
 con perdon del Tabernero,
 estando en Valladolid
 Doña Leonor, nos iremos
 sin verla? **Carl.** No sé que haré;
 pero ahora por lo menos,
 no imagino verla, no.
Muñ. Va que no tienes para eso
 alma? **Carl.** Si tendré Muñoz.
Muñ. Pues va que no tienes cuerpo?
 Pero qué diablos te matas;
 quierela como yo quiero
 á Elvirilla que me da
 quatro mil pesares de estos,
 y salgo de todos. **Carl.** Cómo?
Muñ. Con hacer que no la veo.
Carl. Qué frialdad. **Muñ.** Con las mugeres
 no se ha de enojar el cuerdo,
 porque al fin se queda en ellas
 lo que hicieron malo, ó bueno.
 Pero ahora caigo en que eres
 rarísimo Caballero:
 que es posible que no hayas
 contadome en tanto tiempo
 la pendencia que nos traxo
 con tanto desasosiego,
 siendo así que las pencias,
 los valientes mas discretos,
 sin que á propósito vengan
 las hacen venir á cuento?
Carl. Ahora te la diré,
 porque otra cosa no tengo
 que hacer, no porque la sepas,
 sino solo porque en esto
 tan asido á la razon
 he procedido, que quiero,
 aunque contigo no importa,
 justificar mis intentos.
 Dos años, y mas habrá,
 que de Flandes: **Muñ.** Ya me acuerdo,
 que saliste de Madrid,

de cierta doncella huyendo,
que pedía una palabra,
una obra, y un pensamiento,
y pasaste á Flandes, donde
te llamaste Don Lorenzo
de Alvarado, recelando
que te buscasen sus deudos;
y que despues que murió
la dama, y se compusieron
tus travesuras, volviste
á ser Don Carlos Pacheco
para volverte á Madrid;
hasta aqui de tus sucesos
he sabido. *Carl.* Pues ahora
oye lo demas atento.

Muñ. Vaya, sea lo demas
tanto como lo de menos.

Carl. Di, pues, la vuelta á la Corte,
adonde estuve algun tiempo
de mis pasadas desdichas
fabricando mi sosiego.

Libre del amor vivia
cautamente sacudiendo
las flechas, de quien es solo
aljaba capaz el viento,
sin que el ver las hermosuras
que fortalecen su imperio
mas atencion me debiesen,
que aquel exterior cortejo,
que ni llega á ser cuidado,
ni dexa de parecerlo.

Mas como bienes y males
son uniformes opuestos,
y solo duran los bienes
aquello que duró el riesgo;
desde esta breve inquietud
al mayor desasosiego
me reduxo amor, dorando
mi dño con mi deseo.

Vi una hermosura (mal dixé)
vi un prodigio (poco es esto)
vi á Leonor (aquesto solo
parece encarecimiento.)

Atendí mas que debiera
al encanto lisongero
de su hermosurá, y hallé
la ceguedad en lo atento.

Sérvila, ya tu lo viste,

no perdonó mi deseo
ninguna seña de aquellas
que al decir un rendimiento
gasta un corazon postrado,
ya en un suspirar á tiempo,
ya en un mirar con zozobras,
ya en un decir los afectos,
y ya en no saber decirlos;
porque un fino sentimiento
suele tal vez el discurso
hacer signifique menos,
que el aliño de las voces
es desorden del aliento.

Oyóme enojada entonces,
sufrí sus enojos tiernos,
duró ayrada, duré amante,
ya templaba los desprecios.

Porfiaron mis ternuras,
ya perdonaba el afecto,
dí mas fuego á mis suspiros,
ya no la ofendia el ruego.

Todo el corazon la dixé,
ya gustaba de saberlo:
y en fin, ella me admitió

á los lícitos empeños,
y yo quedé á sus piedades
mas rendido: que por estos
dulces engañosos grados
conduce el amor dos ciegos
á la cumbre de sus dichas,
y en llegando á lo supremo,
los entrega á la fortuna,
de cuyo poder violento,
y de cuyo brazo injusto,
suele valerse alhagueño
para honestar sus traiciones
con titulo de sucesos.

En este estado viví
algunos dias contento,
hablando por un jardin
á mi hermosísimo dueño,
sin parecerme posible
que promulgase en su pecho
las leyes de la mudanza
la política del tiempo.

Mas ay, que siempre en el alma
las confianzas sirvieron
de dar mas fuerza al dolor

descuidando el sufrimiento.
 Noté en medio de estas dichas,
 que un hombre (yo te confieso,
 que he menester al decirlo
 recoger todo mi aliento,
 para no perder las voces
 en la mitad del afecto.)
 Que algunas noches un hombre
 á las rejas asistiendo
 era estorvo de mis dichas,
 y averiguandolo cuerdo,
 hallé una noche mas tarde
 á mi enemigo en el puesto.
 Retiréme cauteloso
 en un zaguan que hallé abierto,
 y desde una reja baxa
 de Leonor, ví que le hicieron
 una seña, y que salió
 á hablarle un Criado viejo,
 de quien Leonor recataba
 mi amor, quizá para aquesto.
 Mas de todo lo que hablaron,
 con estar pared enmedio
 el zaguan donde yo estaba,
 solo pude oír que el viejo
 le dixo que en un jardin
 conseguiría su intento
 á otra noche, á aquella hora,
 y que le dió para ello
 una llave: yo quedé,
 no sé como diga, ardiendo
 en ira; pero á mis ojos,
 contra mi gusto salieron
 algunas lágrimas tristes,
 como arrojadas del pecho,
 sin que alli fuese el llorar
 ternura, sino ardimiento.
 No has visto en alguna hoguera
 aplicado un verde leño,
 sudar el nativo humor
 por uno de sus extremos?
 Porque como alli concurren
 dos contrarios elementos,
 quando es menos la humedad,
 se dexa vencer del fuego:
 Pues asi mi corazon
 al ver caso tan violento,
 todo su fuego introduxo

la ira, y como en su centro
 tenia el amor mi llanto
 para explicar sus afectos,
 y fué tan grande mi enojo,
 que excedió mi amor, salieron
 aquellas lágrimas suyas
 del contrario ardor huyendo;
 y asi el verterlas entonces
 á los ojos desde el pecho,
 no ha de llamarse flaqueza
 del corazon, porque aquello
 fue sudarlas de apurado,
 y no llorarlas de tierno.
 Cobréme, pues, y terciando
 sobre el brazo el ferreruelo,
 sin medida las acciones,
 los pasos mal descompuestos,
 sin atencion los sentidos;
 y en fin, el entendimiento
 á poder de razon loco,
 porque quitan al mas cuerdo,
 dandole mucha razon
 el uso de ella los zelos:
 me llegué á él por un lado,
 y desviandole ciego,
 de la ventana, le dixe
 que me siguiese; él atento,
 sin responderme palabra,
 me siguió, y los dos á un tiempo
 detras de Atocha llegamos,
 campo ya de nuestro duelo,
 donde arrojando la capa,
 y las armas previniendo,
 me planté con mi contrario:
 mas él sin turbarse de esto,
 con la voz baxa me dixo:
 Sois vos Don Carlos Pacheco:
 Don Carlos Pacheco soy
 le respondí, que no intento,
 quando es tan mia la accion,
 negar que yo soy su dueño.
 Y apenas oyó mi nombre,
 quando desnudó el acero,
 y á pesar de su corage
 herido cayó en el suelo.
 Retiréme, pues, juzgando
 que alli le dexaba muerto.
 Y con la ocasion vecina

De D. Adtonio de Solis.

del tratado casamiento
de mi prima, me partí
de Madrid, sin haber vuelto
á ver á Leonor; que el hombre
que sobre agravios y zelos,
vuelve á quejarse, no vuelve
á decir su sentimiento,
sino á perderlo: y las voces
que forma alli su despecho,
tienen sonido de queja,
mas no sustancia de ruego.
Dexé, pues, á Don Fernando,
que es mi amigo, y es mi deudo,
encargado que supiese
quién fué el herido; y que luego
diese á entender á Leonor
la causa de mis empeños,
y la muerte de su amante,
y me partí con intento
de nunca mas á sus ojos
volver hasta aborrecerlos.
Esta es, Muñoz, la ocasion
de mis pasados empeños;
estos de Leonor ingrata
los mal nacidos intentos;
este de mi firme amor
el último desacierto:
esta la postrer paciencia
de mi corazon resuelto;
este el obrar de mis iras,
y este el sentir de mis zelos;
y este, en fin, es un agravio,
que trayendome sujeto,
por prueba de esta verdad,
á voces está diciendo:
Mal haya el hombre mil veces
que barbaramente ciego,
en finezas de muger
busca mas del escarmiento.

Muñ. Estraño suceso ha sido,
y tú le has dicho tan tierno,
que para llorarle solo
me ha faltado el desconsuelo.

*Salen al paño Don Diego, Lisardo
y Mendo*

Dieg. En fin, dices que entró? Lis. Digo
que le ví entrar aqui dentro.

Dieg. Es este?

Lis. El es, que aunque ahora
por las espaldas le veo,
le conozco en el vestido,
y en el ayre del sombrero.

Dieg. Pues vé á prevenir caballos
al punto, y puedes tenerlos
donde sabes, que la muerte
le daré aqui.

Saca la espada.

Muñ. Qué es aquello?

saca la espada, señor.

Carl. Pues cómo? quién es?

Dieg. Yo vengo
de esta suerte mis agravios.

Carl. Y yo de esta me defendo,
sea quien fuere. Dieg. Aqui tu vida:
mas qué miro! Don Lorenzo.

Carl. Quién es? Don Diego.

Dieg. Los brazos
me dad: qué notable yerro.

Carl. Decidme lo que quereis.

Dieg. Luego os diré lo que os quiero:
la mano me habeis herido.

Carl. Mucho me pesa. Dieg. No pienso
que es nada, un lienzo me pongo
para volver el acero
á ella. Carl. Pues contra quién?

Dieg. Perdonad estos excesos.
vivis solo en esta casa?

Carl. Solo vivo: qué es aquesto?

Dieg. Habeis visto poco ha
entrar un hombre aqui dentro?

Carl. Aqui ningun hombre ha entrado.

Dieg. Con vuestra licencia quiero
ver esta quadra. *vas.*

Carl. Miradla.

Muñ. Por Jesu-Christo, que creo
que una legion de Alguaciles
se le ha metido en el cuerpo.
No me dirás quién es este?

Carl. Este, Muñoz, es Don Diego
Osorio, un hombre que fue
mi amigo en Flandes, supuesto
que alli solo le traté
algunos dias, y pienso
que es de Madrid.

Muñ. Luego al punto
que te llamó Don Lorenzo,

como te llamaste en Flandes,
dixe que era amigo viejo.
Pero qué misterio es este
con que ha entrado?

Carl. No lo entiendo.

Vuelve á salir Don Diego.

Dieg. El sin duda se engañó:
ó injusta hermana, que has puesto
mi honor en estos cuidados
y mi vida en estos riesgos!

Carl. No me decis qué buscáis,
por si yo serviros puedo
en algo? *Dieg.* Ahora sabreis
mi cuidado: vuelve, Mendo,
y dile á Ines que á la hermosa
Violente diga, que luego
responderé á su papel,
pues estandole leyendo
me dieron el necio aviso,
que aqui me ha salido incierto.

Mend. Voy, y de muy buena gana,
por decir mi pensamiento
á Inesilla de camino.

Dieg. Ahora, pues, Don Lorenzo,
volvedme á dar vuestros brazos,
pues ha permitido el Cielo,
que despues de tantas penas
os haya hallado. *Carl.* Primero
que os responda agradecido,
me habeis de decir qué empeño
os entró aqui de esta suerte.

Dieg. Ahora amigo es el tiempo
en que mas ha menester
mi amistad vuestro consejo.
De nadie en Valladolid
mejor que de Don Lorenzo
puedo fiar mi cuidado,
y para qualquier suceso
es bueno tener al lado
un amigo tal, supuesto
que no le diré que ha sido
autora de estos empeños
mi hermana, que los delitos
del honor hasta el remedio
se han de callar, y asi ahora
le diré que este suceso
es por una dama mia,
hasta tanto que el intento

de mi hermana, y de su amante,
pueda castigar mi esfuerzo.

Carl. Ya os escucho, qué dudais?
no me tengais mas suspenso.

Dieg. Brevemente os contaré
lo que me ha obligado á esto,
porque no están mis desdichas
para perder mucho tiempo.

Despues que en Flandes, amigo,
pero muy atrás comienzo
mi historia, y es menester
ir escusando rodeos.

Despues, digo, algunos dias,
que os partisteis, D. Lorenzo,
desde Flandes á la Corte,
de la Corte me escribieron,
que una dama á quien yo hice
dueño de mi vida (miento, *ap.*
que era mi enemiga hermana,
pero importa callar esto)
á otro nuevo amor rendida
faltaba á mi amor primero.

Yo entonces, viendo mi agravio:
mas ya sabeis que los zelos
hacen á la voluntad
servir al entendimiento;

y asi entonces sin mirar
la obligacion de mi puesto,
ciego me partí á la Corte,
dixeis que fue desacierto,
es verdad; pero no tuvo
mas fuerzas mi sufrimiento.

Llegué, pues, y cauteloso
quise averiguar primero
si mi honor (si mi amor digo)
padecia (yo me pierdo)
agravios tan conocidos:

y asi en su calle asistiendo
encubierto muchas noches,
y hablando á un Criado viejo
de esta dama, que fue el mismo
que me escribió sus intentos,
á pocos dias hallé
todos mis pesares ciertos,
y supe que en un jardin
la hablaba un hōbre. *Muñ.* Qué es esto?

Dieg. Cuyo nombre á lo que supe
era Don Carlos Pacheco;

que por si acaso sabeis
quien es , por estar mas tiempo
que yo en la Corte , os lo digo.

Muñ. Ay semejante embeleco!
por Dios, que este es el herido
de marras. *Carl.* Es esto sueño,
ó ilusion! *Dieg.* En fin, amigo,
una noche que me dieron
una llave del jardin,
para ver mi agravio cierto,
llegó Don Carlos á mi,
y me apartó del terrero.
Detrás de Atocha llegamos,
donde lidió nuestro esfuerzo
con igualdad mucho rato;
pero despues su denuedo
fue mas dichoso que el mio,
ó fue mayor, porque aquesto
qué importa, si todos juzgan
al valor por los sucesos?
En fin, yo cai rendido
de una estocada en el suelo,
y mi enemigo Don Carlos
alli me dexó por muerto.
Mas yo me fui como pude
acercando hácia el Convento,
donde en la Celda de un Frayle,
deudo mio, me asistieron
con gran secreto y cuidado,
y en breves dias mi aliento
cobré, y con él los enojos
mas vivos, ó mas despiertos.
Busqué, pues, á mi enemigo,
y sus pasos inquiriendo,
supe que en esta Ciudad
estaba, y partime luego
en su busca, donde estoy
habrá mas de un mes, haciendo
diligencias para hallarle,
pero todas sin provecho.
Y ya me hubiera partido
á Flandes, adonde es cierto
que va á parar, á no haber
impedidome el intento
amor, que entre todos es
el mas poderoso afecto.
Pero esta tarde, advertid
qué estraños son mis sucesos,

tuve un papel de mi dama,
y estandole yo leyendo,
un hombre que anda conmigo,
porque á Don Carlos Pacheco
conoce, llegó á decirme
que le habia visto aqui dentro.
Enviéle á prevenir
caballos, y desatento
entré á buscar á Don Carlos,
adonde hallé á Don Lorenzo
mi mayor amigo: aquesto
ha sido todo el empeño
que habeis visto, esta es la causa
de mis penas, para esto
he dicho que he menester
vuestro valor y consejo.
Los dos hemos de buscar
á Don Carlos, y en su pecho
he de vengar yo mi agravio;
pues sois tan gran Caballero;
pues sois mi amigo, y pues ya
supisteis mi sentimiento,
no puedo deciros mas,
ni vos podeis hacer menos.

Carl. A quién habrá sucedido *ap.*
caso tan estraño y nuevo?
de mi este hombre se vale
contra mí, quando mis zelos
ha confirmado, y es él
la causa de todos ellos.

Vive Dios, que estoy perdido.

Muñ. Qué está mi amo, yo pienso
que le andan en la cabeza
los Gevelinos y Huelfos.

Dieg. Parece que mis desdichas
os han dexado suspenso:
conoceis á este Don Carlos?

Carl. Bien le conozco, D. Diego.

Muñ. El primer hombre es mi amo
que se conoce á sí mesmo.

Carl. Qué haré? diréle quien soy?
mas si me descubro, pierdo
quanto tenia trazado
para partirme; pues tengo
de negarle yo quien soy,
buscandome con intento
de reñir? notable duda!
mas para todo hay remedio.

Don Diego, aqueste Don Carlos que aqui buscais tan resuelto, es muy conocido mio:

él está aquí, y os prometo ponerle donde podais decirle el enojo vuestro, que es quanto podeis decirme, y quanto puedo ofreceros.

Dieg. Qué decis? qué me dareis á Don Carlos? Carl. Y muy presto.

Dieg. Dadme la mano. Carl. La mano os doy. Dieg. Y ahora no hablemos mas en esto. Carl. Vamos, pues, que yo cumpliré, Don Diego, lo que he prometido. Dieg. Vamos; pero ahora que me acuerdo, me habeis de hacer otro gusto.

Carl. Qué quereis?

Dieg. Quando me dieron esta nueva de Don Carlos, estaba, amigo, leyendo un papel de aquesta dama, que os dixé que era mi dueño, y no pude responder, ni ahora tampoco puedo por la herida de la mano, y asi habeis de ser en esto mi Secretario. Carl. Si fuese

de Leonor, seria muy bueno hacerme que yo la escriba.

Dieg. Os divertis? Carl. Ya os entiendo, y haré lo que vos gustais: pero vengaré mis zelos, casándome con Violante mi prima. Dieg. A Violante pienso escribir, que salga á verme donde suele: amor, contento me tienes con tus favores, dexame ya agradecerlos.

Carl. Amor, Leonor me ha ofendido, dexame usar de mi aliento.

Dieg. Que si tú en esto me amparas::

Carl. Que si me dexas en esto::

Dieg. Yo celebraré mis dichas.

Carl. Yo vengaré mis desprecios.

Dieg. Y será mia Violante.

Carl. Y á Violante haré mi dueño.

Dieg. Aunque pese á la fortuna.

Carl. Aunque me pese á mi mesmo.

Dieg. Vamos, Don Lorenzo, amigo.

Carl. Vamos, amigo Don Diego.

Vanse, y salen Leonor y Elvira con mantos.

Elv. No me dirás dónde vamos por las calles sin provecho, ó qué daño nos han hecho, que tanto las azotamos?

Por Dios, que dexes, señora, de afligirme de esta suerte, que nunca es para la muerte buena la hora de ahora.

Qué es posible que haya amor de tan necio proceder, que entristezca una muger sin mirarlo el amador?

No ves que llorar, señora, sin que vean la fineza, es escribir la terneza

en el agua que se llora?

Yo, á lo menos, á mi amante, quando me hace algun pesar, si me resuelvo á llorar le voylo el agua delante; porque enjuta la humedad del llanto en que mas se apura, no conoce la ternura detras de la sequedad.

Leon. Mal de mi pecho enemigo has visto, Elvira, el fervor,

no es de aquellos mi dolor á quien gobierna el castigo.

Ay de mi, que mi cuidado, para mi solo es crecido,

quiero mucho, y se ha perdido este amor de desdichado.

Faltó Don Carlos, faltó á su amor; saben los Cielos qué injustos fueron sus zelos,

y que no conozco yo al hombre á quien dió la muerte detras de Atocha; mas él ingrato, falso y cruel,

vengándose con mi suerte, de la Corte se partió

á casarse: qué impiedad!

con su prima, á esta Ciudad me han escrito que llegó.

Yo, aunque mi agravio sé,
y por ser accion honrada
á amarle estoy obligada,
no mas de porque le amé,
lo sentí; mas qué sentir
podrá igualarse á un pesar,
que ni se dexa callar,
ni se permite decir?
En fin, compasivo el hado
dispuso que aqui viniese
mi padre, y que me traxese
consigo, donde han pasado
diez dias que ha que venimos,
sin haber podido hallar
quien nueva nos pueda dar
de Don Carlos: y hoy salimos,
por ver si en la calle hallamos
de su Violante algun modo
de saber de él: este es todo
el intento con que vamos.
Y segun las señas, pienso
que á la calle hemos llegado,
donde estará mi cuidado
hasta que le halle suspenso.
Que quando cerca se ven
los alivios de un mortal,
hacen mas sensible el mal
las vecindades del bien.

*Salen Violante y Inés con mantos, y Leonor
habla aparte con su Criada.*

Ines. Dile el papel, como digo,
y en tomándole Don Diego,
llegó á hablarle un hombre luego
sin ver que estaba conmigo.
Perdiendo el color se entró,
y requiriendo la espada
en una casa: *Viol.* Admirada
estoy: y no respondió?

Ines. Quando pasares á Misa,
dixo Mendo que vendria,
y la respuesta traeria,
por señas que alli de prisa,
viendo su amoroso exceso,
unas ligas le pedí,
porque él se muere por mi,
y yo me ató con eso.

*Salen Mendo y Muñoz, y Mendo trae un
papel, y Violante habla aparte con su
Criada.*

Mend. Ves estas mugeres? *Muñ.* Quáles?

Mend. Las que por la calle vienen.

Muñ. O que brava traza tienen
de hacer pecados mortales.

Mend. Esta, pues, es á quien yo
de mi amo traigo el papel.

Muñ. Qual papel dices? aquel
que mi amo le escribió
por la herida de la mano?

Mend. Ese mismo.

Muñ. Pues qué quieres?

Mend. Mira, amigo, las mugeres
piden tal vez á Christiano
ligas que no pueden dar:
la Criada: *Muñ.* Ya he entendido;
es tu moza, y te ha pedido
las ligas sin mas mirar:
y como á ella aun no le toca
tener tan á ten con ten,
no siempre vive muy bien
quien viene á pedir de boca.

Mend. Eso es. *Muñ.* Válgame Dios!

Mend. Por el tanto no quisiera,
que la tal ahora me viera;
y asi quisiera que vos
llegaseis con el villete.

Muñ. Venga por cierto: eso es cosa
tan poco dificultosa,
que la hiciera un alcahuete,
quanto mas yo. *Mend.* Pues aprisa,
no me vean. *Muñ.* Venga pues.

Mend. Yo te buscaré despues. *vas.*

Muñ. Vete, y calla como en Misa.
Daré el papel, aunque haya
duda, que esto hago tambien
por hallar quien me haga bien
quando de esta vida vaya.

Pero qué es esto? aqui hay dos
pares de ellas: qual será,
Mendo? pero fuese ya:

buena la hicimos por Dios.

Pero ya el remedio hallé;
llego á la una, y al darle,
en el modo de tomarle,

si es ella, conoceré.

Leon. Oye, Elvira, no es aquel de Don Carlos el Criado?

Elv. Quién? por Dios que es el taymado de Muñoz: lleguemos, y él de su amo nos dirá.

Leon. Dichosa en hallarle he sido.

Muñ. Yo pienso que voy perdido; mas por esta empiezo ya.

Elv. Pero no le ves, que ahora á una tapada ha llegado?

Leon. Ya, Elvira, lo he reparado.

Muñ. Don Diego Osorio, señora: en el modo de escuchar *ap.* el nombre, le veré el juego.

Viol. Proseguid: qué hace D. Diego? que le dexó en un pesar Inés, y saber quisiera::

Muñ. Bien la industria me ha salido: vive Dios, que estoy corrido de acertar de la primera.

Lo que deseais saber, este papel lo dirá.

Elv. No ves que un papel la da?

Leon. Muriendo lo llego á ver: ha Don Carlos, qué pasión!

Viol. El papel quiero leer.

Leon. Elvira, no ha de poder sufrirlo mi corazón:

apartate. *Elv.* Pues qué quieres?

Leon. Apurar aquesto, Elvira, que tambien hizo la ira duelo para las mugeres.

Yo, Reyna, quiero saber no sé qué, que estoy dudando, y por no andaros rogando, de aquesta suerte ha de ser.

Quitale el papel.

Viol. Quién es? *Muñ.* Oigan, ¿es aquello?

Leon. Aquesto está hecho ya; y quien lo ha hecho, tendrá valor para defendello.

Muñ. Ea, espadachines bellos, ocasion es de rigor:

veamos qual toma mejor la ocasion por los cabellos.

Pero voyme, porque aqui nada puedo grangear,

pues luego tras mi han de dar.

y es mejor que den tras si. *vans.*

Viol. Quién sois, decid, que á tomar el papel llegasteis? *Leon.* Quién? yo soy, miradme muy bien, por si me quereis buscar para cobrarle. *Viol.* Ha de ser luego el quitarosle yo.

Leon. Por vida vuestra que no me irriteis, que soy muger.

Ines. Mas va que ha de haber aruño: por si pasan adelante, quiero descalzar del guante estas diez hojas de Ortuños; pero tu padre, señora.

Viol. Qué dices? dónde le has visto?

Ines. Cubrete bien, que se acerca.

Sale Don Pedro y Muñoz.

Muñ. Yo señor: cogióme vivo.

Ped. Ya te conozco; querias escaparte? ven conmigo.

Ines. Vamonos de aqui: qué aguardas?

Viol. Vamos: Inés, voy sin juicio: ay, Don Diego, tu verás lo que son zelos creidos. *vans.*

Elv. No las ves como se van?

Leon. De aqueste viejo han huido; mas Muñoz viene con él.

Ped. Oye, cómo no me ha visto Don Carlos, quando su padre ha mas de un mes que me ha escrito que le envió á mi casa? *Muñ.* Yo, señor (qué diré) no sirvo á tu sobrino Don Carlos, ni á Don Carlos tu sobrino, mira como sabré de él.

Elv. Este es de Carlos el tio.

Leon. Sin duda que fue Violante la que huyó. *Elv.* Asi lo imagino. Mas no escuchas, que Muñoz no es de Don Carlos ministro, con lo qual cesan tus zelos?

Leon. No me ha pesado de oirlo: escucha. *Ped.* Ya yo conozco todos tus embustes. *Muñ.* Digo, que yo no sé de Don Carlos.

Ped. Vive Dios, que has de decirlo, ó he de quitarte la vida:

ven. *Muñ.* Dónde?

ped. Vente conmigo.

Salgamos ya de este engaño,
que haberse así detenido
quando venia á casarse
con Violante mi sobrino,
es novedad: de este pienso
saber la causa. *Muñ.* Por Christo,
que han de ser dificultosos
de engañar unos oídos,
que tiene la barba cana
delante de lo prolijo. *vans.*

Ely. Si es verdad que no es Criado
de Carlos, buen susto ha sido
para la buena muger.

Leon. Huelgome yo de que el mio
no sea verdad, porque esotro
no me toca á mi el sentirlo.

Ely. Dicha ha sido averiguarlo:
mas qué hiciste el papelillo?

Leon. Aquí está. *Ely.* No le verémos,
siquiera por divertirnos
con las boberias que escribe
un amante enternecido?

Leon. Lo que le escribe un amante
á otro, nunca ha parecido
bien despues, porque se oye
sin el calor que se dixo.

Dieg. A este sitio escribí por vuestra mano,
que saliese mi dueño soberano:
y aunque ha mas de una hora que venimos,
y que los dos el campo discurrimos,
no halla ningun indicio mi esperanza.

Carl. Si acaso la mudanza
de letra alguna duda le ha causado?

Dieg. Si en el fin del papel fue disculpado,
amigo, el escribir de mano agena,
cómo puede ser eso? mucha pena
me ha dado el ver que ahora no ha venido:
alguna novedad sin duda ha sido.

Carl. Pues qué quereis hacer? *Dieg.* Llegar pretendo
á su calle, por ver si el caso entiendo.

Carl. Vames luego. *Dieg.* No amigo:
no habeis ahora de venir conmigo,
aqui dexaros quiero,
por si viene primero,
que yo á buscaros vuelvo: esta señora,
aqui la entretened. *Carl.* Id en buen hora.

Dieg. Ay hermosa Violante,

Este papel dice así:
pero qué es esto que miro?
letra de Don Carlos es.

Ely. Qué dices? *Leon.* Lo que has oido.

Ely. Miren el embusterazo
de Muñoz, y qué fruncido
dixo que no le servia.

Leon. Confieso que lo he sentido
de suerte, que en cada aliento
entero un bolcan respiro.

Ely. Leamos, quiza será
despedida. *Leon.* Pierdo el juicio.
Mi bien, para responderos::

Ely. Pegajoso es el principio.

Leon. Detrás de San Pablo voy
á esperaros: ven conmigo.

Ely. Dónde vas? dí, no prosigues
hasta acabarle? *Leon.* Harto he visto:
ha traidor, y quien hiciera
de tu corazon lo mismo!

Rompe el papel.

Ely. Le rompes? muy mal has hecho,
con su piedra te has herido.

Leon. Ven, Elvira: qué ira llevo
para el brazo y para el tiro!

Vanse, y salen Don Diego y Don Carlos.

qué de zozobras cuesta el ser tu amante!

Salen Elvira y Leonor.

Ely. Aquí dixo el papel que le aguardaba:
no llores tanto, que te haces brava.

Leon. Dexa burlas, Elvira,
que ardiendo estoy entre mi propia ira.

Ely. Allí está: no lo ves? *Leon.* Qué diligente

al puesto vino. *Ely.* Llega blandamente
cubierta, y antes que nos adivine

exâmina. *Leon.* Qué quieres que exâmine?

Caballero. Carl. La Dama que Don Diego
espera, esta es sin duda; pues yo llego:
señora, ya sabreis que siempre ha sido
en amor el deseo mal sufrido.

Leon. Si, señor Don Carlos, ya
sé que el deseo en amor
se precia de mal sufrido:
proseguid, no quiera Dios,
que yo llegue á interrumpir
tan dulcísima razon.

Carl. Leonor, vive Dios, que es ella *ap.*
da que aquí esperando estoy
por Don Diego: quien ha visto
tan rara resolucion,
como atreverse á llegar
á hablarme, porque me halló
solo. *Leon.* Con esto, D. Carlos,
con esto sabremos hoy
quien de los dos es ingrato,
quien es falso de los dos.
Quejaos ahora de mi,
publicad, decid que soy
ingrata, falsa, alevosa,
y que sois el firme vos.
No es esto asi? claro está:
si, que bien conozco yo
que no tiene de estas culpas
la culpa vuestra atencion,
sino el deseo, el deseo,
que es mal sufrido en amor.

Carl. Qué es lo que intentas, muger?
qué es lo que intentas? ya estoy
de quien eres informado,
ya sé tu nueva aficion;
pues para qué, para qué
vuelve á entablar tu rigor
á vista de los agravios
ternuras? no sabes, no,

que un oido, escarmentado
del engaño de una voz,
primero que la palabra
vé la segunda intencion?

Leon. Ahora caigo en que fue *ap.*
gran falta de prevencion
el romper aquel papel:
pero cogíome el dolor
de improviso: quien culpare
de arrojada aquella accion,
tome la pasion que tuve,
y discurralo mejor.

Los que os oyeren, D. Carlos,
no dirán, sino que vos
tendreis justicia, no dudo
que direis mejor que yo
vuestra queja, mas por eso,
no la sentireis mejor,
que el tener muchas razones,
no es tener mucha razon.

Descansad, pues, de fingir,
que ya sé vuestra intencion,
ya sé que á otra quereis bien,
de todo informado estoy.

Carl. Tú mientes, pero no mientes,
es verdad; pues por qué no
siempre habia de quererte?
no hay mas mugeres, Leonor?
no se acabaron en ti;
hermosuras hay que son
mas á mi modo á lo menos,
(hermosa está, vive Dios, *ap.*
ó como temo á mis ojos,
si no estorbo mi intencion)

esto se acabó en efecto.

Leon. Mal haya mil veces yo,
que eso escucho, y con los dientes
no me arranco el corazón.

Carl. No me tienes que llorar,
ya ese tiempo se pasó.

Leon. Dexame, Carlos, morir.

Carl. Muerete, pero Leonor,
mira que puede venir

tu amante, y que no es razón
que te halle haciendo estremos.

Leon. Yo qué amante?

Carl. Bien por Dios;

querraslo negar. *Leon.* D. Carlos,
eso es tocar en mi honor,
y has de quitarme la vida,
ó has de cirme, vive Dios.

Sale Don Diego.

Dieg. He tardado?

Leon. Ay Dios! mi hermano:
pues como está (muerto estoy!)
en Valladolid? *Elvira,*
ven presto. *Ely.* Vamos por Dios.

Vanse las dos.

Carl. Miren, miren si se va
por no hablarle quando yo
estoy presente, y á un tiempo
nos ha engañado á los dos.

Miren su llanto: ha mugeres,
todas de esta suerte sois.

Dieg. Fui á la calle de Violante,
y supe que se volvió
á su casa disgustada,
y así cuidadoso estoy
hasta saber, por qué causa
á San Pablo no salió.

Quién era aquella muger
que estaba, amigo, con vos?
mas despues me lo direis,
que ahora de prisa estoy:
porque me ha dicho un criado
que en la casa donde yo
galanteo aquesta dama,
hay mil novedades hoy,
y no las pude saber,
porque su padre llegó;
y así fue fuerza volver,
porque no esperaseis vos.

Carl. Qué es esto? cómo no hace
mas instancia, si la halló
conmigo, en saber la causa
por qué se fué? y si su amor
venia á buscarla aqui,
cómo aqui no la siguió?
El juicio me han de quitar
estas cosas, vive Dios.

Dieg. Venid, D. Lorenzo, amigo.

Carl. Vamos: sin sentido voy.

Dieg. Qué de cuidados, Violante,
cuestas á mi corazón!

Carl. Qué de penas, qué de dudas
cuestas al alma, Leonor!

Dieg. Amor, ó menos de ahogo,
ó mas de paciencia, amor.

Carl. Cielos, ó mas de discurso,
ó menos de confusion.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Violante y Inés.

Viol. Sabe ya Don Diego, Inés,
que aqui nos hemos mudado?

Ines. No; pero advierte, que ha entrado
tu padre. *Viol.* Hablemos despues.

Sale Don Pedro.

Ped. Capaz es la casa. *Ines.* A mi,
como del rio esté lejos,
me harás decir azulejos
del peor zaquizami.

Ped. Cómo la noche has pasado,
Violante? *Viol.* Con mucho gusto,
aunque fue tan grande el susto,
que desveló imaginado.

Ped. Poco fue lo que creció
el rio, mas nos tenia
con miedo desde aquel dia,
que á esta Ciudad destruyó.
Y aunque mi casa está en parte,
no facil de peligrar,
aqui me quise mudar
solo por no fatigarte.

Viol. Cómo podré yo pagar
tantas deudas? *Ped.* Yo me voy
á la otra casa, porque hoy
en esta quiero dexar
toda la ropa: el criado
de Don Carlos se escapó

al ruido de anoche, y yo
estoy con mayor cuidado.
Su padre ha vuelto ha escribir,
que en esta Ciudad está,
y el no haberme visto, da,
no poco que presumir. *vas.*
Viol. Fuese ya mi padre? *Ines.* Si.
Viol. Le has visto? *Ines.* A quién?
Viol. A Don Diego.
Ines. Yo, dónde, ó cómo? que luego
fueses á parar ahí.
Viol. Qué he de hacer?
Ines. No te ha agraviado?
Viol. Su engaño conozco, Inés,
y desengañado es
de la ira ese cuidado.
Ines. Acordarte de él sin velle,
es ira. *Viol.* Quieres dexarme?
no he menester acordarme
tambien para aborrecelle?
Ines. Cierro los ojos, aunque ellos:
Viol. Qué vén? *Ines.* Diré lo que vén;
no está con su queja bien
quien la trae por los caballos.
Viol. Antes la que es fina queja,
siempre el discurso ha turbado,
no es buen ayrado el ayrado,
que a proposito se queja.
Y mira quanto hay en mí
de esta pasion rigurosa,
que estoy ahora gustosa
de haberme mudado aqui;
porque aqui me persuado,
que le he de dexar de ver
lo que él tardará en saber
donde nos hemos mudado.
Que desde que aquella dama,
me quitó alli su papel,
lo que antes fue ardor fiel,
es ya vacilante llama.
Ines. Muger que á tal se atrevió,
debe de ser poca cosa.
Viol. Eso digo. *Ines.* Y no es hermosa
tampoco. *Viol.* Eso digo yo.
Ines. Pues no quieras mas castigo
de que tan ingrato sea,
quando amarrado á una fea
le ves. *Viol.* Eso es lo que digo,

que siendo hermosa no dexa
culpa en él, y me pesara
muchisimo que su cara
echara á perder mi queja.
Mas qué es esto? *Ines.* Una muger
tapada se ha entrado acá
sin aliento. *Viol.* Qué será?
Ines. De ella lo puedes saber.
*Salen Elvira, y Leonor con mantos
alborotadas.*
Leon. Sin vida vengo. *Elv.* Yo muerta.
Leon. Señora, si el amparar
una muger afligida
es generosa piedad,
un hombre (ay cielo!) me sigue,
y me importa (estoy mortal!)
la vida (terrible susto!)
que aqui no (fuerte pesar!)
me vea (fiero rigor!)
y yo; mas no puedo hablar,
que viene muy cerca. *Viol.* Espera.
Leon. Es mi muerte el esperar.
Viol. Pues escondete aqui dentro,
que yo quedaré á guardar
la puerta.
Escondese, y sale Don Diego apresurado.
Leon. La vida puedo
decir que ahora me das.
Dieg. Vive Dios, que aunque la ocultes:
Viol. Caballero, reportad:
pero Don Diego. *Dieg.* Violante,
qué es lo que mirando están
mis ojos? Violante aqui?
Viol. Zelos, otro dolor mas?
no echais de ver que al primero
le confundis lo eficaz,
porque hasta en el proceder
divierte la variedad?
Dieg. Que halle yo este inconveniente!
Viol. Pues Don Diego, qué buskais?
Dieg. Yo, señora, á nadie, á vos.
Viol. Todo es uno; descansad,
que para mentir importa
todo el aliento cabal.
Dieg. Que no pueda yo decir
que una hermana desleal
es la que me da la muerte!
Viol. Que no pueda yo sacar

la escondida, quando estoy muriendo de mi pesar!

Dieg. Hermosa Violante mía.

Viol. No se os niegue que empezais con lindo desembarazo: proseguid, decidme mas, que gusto mucho de veros mentir tan sin alterar el semblante, que aun no dexa imitarse la verdad:

idos, Don Diego, con Dios, que no puedo sufrir ya vuestro engaño, y debaos yo que á esta casa no volvais.

Dieg. Justamente está enojada, por haberme visto entrar tras una muger furioso.

Viol. Qué os deteneis? qué esperais?

D. Qué me escuchéis. Viol. Yo escucharos?

Dieg. Por mi vida que me oigais.

Viol. Ya os escucho, y otra vez advertid que es necedad jurar vuestra vida á quien le embaraza que vivais.

Dieg. No sé, por Dios, qué decirla, pues no puedo publicar mi agravio hasta la venganza, ya que el vengarme no es ya posible sin mucho ruido:

señora:: Viol. Otra vez dudais!

Idos, Don Diego, por Dios.

Dieg. Quién vió tan notable mal! que es la verdad mi defensa, y es mi agravio la verdad.

Sabe el Cielo que mi amor nunca ha ofendido. Viol. No os vais?

Dieg. Vuestro decoro. Viol. No es satisfacer el negar.

Dieg. Y que he sido:: Viol. No os escucho.

Dieg. Mas constante:: Viol. Es porfiar.

Dieg. Que cuántos:: Viol. Llama á mi padre.

Dieg. Presumen:: Viol. Vos os cansais,

Don Diego. Dieg. Pues vive Dios

que es esto mucho apretar,

y que no está el sufrimiento

á veces:: Viol. Me amenazais?

id con Dios. Dieg. Quedad con Dios.

No me faltaba ahora mas, *Apuntamiento de Madrid*, mi temor

que el enojo de Violante; pero pues he hallado ya á Leonor, y está aqui dentro, á que salga he de aguardar, que el verla en Valladolid me ha puesto en duda, si está con Don Carlos, qué sé yo; él la debió de sacar de la casa de mi padre la noche de mi pesar: porque mi padre á qué habia de venir á esta Ciudad? No sé lo que me imagine, pero ahora se sabrá; cobre yo mi honor, y luego perezca mi voluntad.

Ya me voy, señora. Viol. Oís?

Dieg. Qué quereis?

Viol. Que no volvais.

Vase Don Diego.

Algunos zelos sin duda le hicieron precipitar con ella, por raro modo lo he venido á averiguar. Haz que salga esta escondida, que quiero ver si me da luz de mis zelos.

Ines. Luz buscas, viendo que tan claro está?

Viol. Si, que á pura luz quisiera redimir mi ceguedad.

Ines. Bien podeis salir, señora.

Saca Ines á Doña Leonor.

Viol. Se fue? Ines. Ya se fue.

Leon. Mortal

estoy! Elvira, sin duda que sabe mi hermano ya el empeño de Don Carlos, pues juntando que no va á la casa de mi padre estando en esta Ciudad, y que al verme ahora en la calle se empezó á precipitar, para seguirme, perdiendo el color, sin perdonar su inquietud, y su semblante ninguna ayrada señal, *halla*, Elvira, mi temor

cierta mi infelicidad.
Elv. Sin duda, señora, es eso;
 y quizá ayer te vió hablar
 en San Pablo con Don Carlos.
Ines. Yo le hablaré. *Viol.* Haz hallá
 lo que quisieres, y no
 me lo digas. *Ines.* Bien está;
 como que sale de mi
 haré que te vuelva á hablar
 Don Diego esta noche. *vas.*
Elv. Llega?
Leon. Si, Elvira, que á su piedad
 debo la vida, y es deuda
 no muy facil de pagar.
 Agredecida, señora,
 á la vida que me dais,
 quisiera; pero qué miro!
Viol. Qué es lo que mirando están *ap.*
 mis ojos? *Leon.* Esta muger *ap.*
 no es la misma á quien vi dar
 aquel papel de Don Carlos?
Viol. La que me llegó á quitar
 aquel papel de Don Diego,
 no es esta?
Leon. Que venga á hallar
 mis agravios, y mis zelos
 donde la vida me dan!
Viol. Que intente aqui engañarme
 á vista de esta verdad!
Leon. Ha Don Carlos engañoso!
Viol. Ha Don Diego desleal!
Leon. Turbada vuelve á mirarme,
 mas si he de decir verdad,
 no me ha parecido hermosa;
 mas qué alivio tan vulgar!
 Miren qué me importa á mi,
 que el otro eligiese mal,
 si su mal gusto no puede
 disminuir mi pesar;
 antes bien puede aumentarle
 con hacermé imaginar
 que debo de ser peor,
 pues esta le agrada mas.
Viol. Quizá no me ha conocido,
 y pues ya no tengo mas
 que averiguar que mis zelos,
 bien comprobados están:
 Disimularé con ella,

que estoy en mi casa ya,
 y sabiendose quien soy,
 es indecencia incapaz
 de mi, confesar pasiones
 de afecto tan desigual.
Leon. Ella no me ha conocido,
 y disimulando está,
 y asi tambien me parece
 acierto el disimular.
 Reconocida, señora, *A ella.*
 estoy á vuestra piedad:
 y en fé de esto, en mi tendreis
 siempre una amiga leal.
 Pero pues ya me amparasteis,
 haced ahora mirar
 si se fue el que me seguia,
 por si puedo salir ya.
Sale Inés.
Ines. Don Diego queda en la calle.
Viol. Habla mas quedo.
Ines. Y vendrá
 á verte en anocheciendo.
Viol. Bien lo pudiste escusar.
Leon. Que está en la calle mi hermano
 dixo; qué puedo hacer ya?
 él sin duda está aguardando
 que yo salga para dar
 fin á mi vida: él sin duda
 sabe ya mi ceguedad,
 y el empeño de Don Carlos:
 qué haré? pues salir es dar
 mi vida al riesgo: si es fuerza
 quedarme aqui, qué dirá
 mi padre? pero mi padre
 qué sé yo si unido está
 para esta accion con mi hermano,
 y le ha traído á vengar
 sus sospechas de secreto.
 Por qualquiera parte hay
 riesgo: ha cruel fortuna,
 por qué me tratas tan mal,
 que parece que te importa
 lucir mi infelicidad!
 Señora,
Viol. Pues qué quereis?
 decidlo.
Leon. Que permitais,
 que yo no salga hasta tanto

que él se vaya. *Viol.* Bien está:

mas si acaso no se fuese tan presto? *Leon.* Fuerza será morir, ó que me ampareis.

Viol. Todo me sucede mal. *ap.*

Leon. Tirano amor, buen abrigo *ap.* contra mis penas me das.

Viol. Amor, buen huesped me has dado para aliviar un pesar.

Leon. Con quién, con quién has tenido mas severa la crueldad?

Viol. Con quién, con quién has mostrado el rigor mas puntual?

Leon. Pues quando es esta muger causa de todo mi mal?

Viol. Pues quando es esta muger quien tantas penas me da?

Leon. Y quando Carlos desprecia por ella mi voluntad?

Viol. Y quando olvida Don Diego por ella mi amor leal?

Leon. Me obliga á que le ruegue.

Viol. Me la obligas á amparar.

Leon. Y suplicar al contrario, es tan vergonzoso afan, que dora en el conseguir el desayre del rogar.

Viol. Y amparar al Enemigo, es tan violenta piedad, que viene á hacer padecer, aunque parece triunfar.

Vanse, y salen Don Carlos y Muñoz.

Carl. Tarde ha sido tu venida.

Muñ. Ha que te busco, por Dios, una hora como dos; mas tu eres cosa perdida: yo bien sé lo que he de hacer si otra vez te he de buscar.

Carl. Qué? *Muñ.* Quando te quiera hallar me pienso echar á perder.

Y el que á esto llegare á verse, habrá, como yo, sabido, que para hallar un perdido, no hay cosa como perderse.

Carl. Dime lo que ha sucedido, que si he de decir verdad, espero alguna frialdad, segun lo has encarecido.

Muñ. Ya sabes que quando fui:

Carl. Sé que mi tio te habió,

y á su casa te llevó

para informarse de ti.

Que tu quisiste informar

que ya no eras mi criado,

y que él te dexó encerrado

para volverlo á apurar.

Que esta noche se mudó

de aquella casa mi tio,

porque al ver crecer el rio

se afligió mi prima. *Muñ.* Y yo,

viendo entre la tabaola

al tio, por no rogarle,

puse cabe, y al tirarle,

escurrí luego la bola.

Carl. Veniste á casa turbado,

y yo te volví á enviar

luego al punto á averiguar

á qué casa se ha mudado.

Porque como yo salí

del engaño de Leonor,

quiero convertir mi amor

á Violante. *Muñ.* Pues yo fui

á buscar la casa á tientas.

Carl. Y no la has hallado? *Muñ.* No;

pero ten cuenta, pues yo

te he dicho que tengo cuenta.

Carl. Dilo sin mas prevencion,

que habiendo visto el estruendo

de tu voz, estoy temiendo

lo del monte y el raton.

Muñ. Busqué, pues, con mil fatigas

la casa nueva, señor, y encontré:

Carl. A quién? *Muñ.* A Leonor.

Carl. De Leonor es? no lo digas.

Muñ. Callo, pues, que yo no oso

derogar ley tan severa:

ello bien curioso era,

pero tu no eres curioso.

Carl. Qué puede ser?

Muñ. Yo, señor,

no he visto. *Carl.* Será otro agravio.

Muñ. No osa decirlo el labio.

Carl. Ea, dilo. *Muñ.* Es de Leonor.

Carl. No importa.

Muñ. Pues no recibes

pesar? *Carl.* Si; pero. qué quieres?

Muñ. Que si por ella te mueres,
por qué dices que te vives?

Carl. Muñoz, diré la verdad,
y lo que en el caso siento;
ya sabe mi entendimiento
persuadir mi voluntad.

Bien que si esa perfeccion
acá en la memoria veo,
me da alguna vez deseo;
detenerme no es razon.

Mas no por eso es menor
mi enojo, antes si se mira,
del incendio de la ira
es llamarada el amor.

Muñ. En fin, que me das licencia,
y me prestas el oido?

pues armate de marido,
que es armarte de paciencia.

Venia tu despreciada,
por Dios que la he de pintar,
solo para averiguar
si la puedes ver pintada.

Venia Leonor, es bella,
vive Christo, aunque mas digas,
pues da á los Astros dos higas,
quando con ellos se estrella:

y por no ver competida
su luz de esta que es primera,
se parte el Sol de carrera,
y la Luna de corrida.

A sus ojuelos no iguala
lo de las mil maravillas,
y con sus bellas mexillas
la rosa es vergüenza mala.

La boquilla es de las lindas,
sin hacer á nadie agravios:
quien ve el color de sus labios,
dirá que bebe con guindas.

Y en fin, toda tan ayrosa
se mostró allí. *Carl.* Necio, calla,
ves que me duele el dexalla,
y me la pintas hermosa?

Pintame su condicion
al lado de su hermosura,
y verás que esa pintura
cifrada está en un borron.
Pintame su aleve trato,
y quando la alabes mas,

en mi razon hallarás,
mas color que en su retrato.

Pintame como es cruel,
como mil penas me da,
y dí: *Muñ.* Todo se andará,
si no se quiebra el pincel.

Que ahora iré á lo que dices,
diciendo como Don Diego
tuvo en los ojos el fuego,
pero el humo en las narices.

Y como en viendo que vió
á Leonor en una calle,
donde debió de encontralle,
ofendelle, ó qué sé yo,

llegó á ella denodado
con semblante hácia cruel,
y como ella huyó de él
y él la siguió porfiado.

Y como cansada ya
en una casa se entró,
y como me vine yo
acá, y los dexé allá.

Carl. D. Diego (ay Dios!) tan ayrado,
qué causa le pudo dar?

Muñ. El debe de negociar
á coces como Soldado.
Pero aqueso te deshace?
padezca, pues es muger,
y pues hace padecer,
sepa la tal que lo hace.

Que yo quando estas raymadas
me dexan siempre, señor,
quisiera que el sucesor
me las moliese á patadas.

Mas no es este el tal amigo?

Sale D. Dieg. Don Carlos, dicha es
el hallaros aqui. *Carl.* Pues
qué quereis?

Dieg. Venid conmigo.

Carl. Dónde?

Dieg. No ireis donde voy?

Carl. Si; mas decidme.

Dieg. Un pesar

tengo ahora que apurar.

Carl. Con quién? si sabe que soy
su enemigo, y he de ser
con quien apureis ahí
el pesar que decis? *Dieg.* Si,

á vos os he menester.

Carl. Pues vamos, que mi valor
no teme ningun suceso,
ni aun recela. *Dieg.* Pues por eso
mi amor os busca, y mi honor.

Carl. Ello es cierto.

Dieg. Cerca estamos.

Carl. Lejos me ha de parecer.

Dieg. Pues seguidme.

Carl. Vamos. *Dieg.* Vamos.

Vanse los dos.

Muñ. Que siempre este hombre está
de rigor, pendencia y ceño?
pues si da en ser pedigueno,
quizá hallará quien le dé.

Sale Don Pedro.

Ped. A Inés poco ha vi hablar
con un hombre, que parado
queda en la calle embozado;
y aunque he podido dudar
si es acaso su marido
de esta dama que amparó
Violante aquí, de quien yo
estoy ya compadecido,
he reparado despues,
viendolo con mas cuidado,
en que siendo el que he pensado,
no baxara á hablarle Inés.
Demás, que volví á miralle,
y es un hombre que me tiene
cuidadoso, porque viene
muchas veces á mi calle.
Mas yo haré que mi atencion;
pero Violante ha venido.

Sale Violante.

Violante. *Viol.* Señor.

Ped. Ya impido
las señas de mi pasión,
y no puedo del semblante
borrarlas. *Viol.* En qué pensais,
señor, que suspenso estais,
y triste? *Ped.* Pienso, Violante,
en quan duras leyes dió
al honor su antiguo ser,
pues yo le puedo perder,
aunque no le pierda yo;
que fuera tan mal dispuesto,
pues sin mi á mi desdora.

Viol. Es verdad; pero tú ahora,
por qué estás pensando en esto?

Ped. D. Carlos tu esposo, no
puede tardar. *Viol.* Triste suerte.

Ped. Sabeslo? *Viol.* Si.

Ped. Pues advierte. *Viol.* Qué?

Ped. De que soy tu padre yo.

Viol. Pues dime, señor, qué quieres?

Ped. Quisiera al mirar tu llanto,
que no te affigieras tanto,
porque te acuerdo quien eres. *vas.*

Viol. Temblando de oirlo estoy,
porque si algo ha sospechado
de mi amoroso cuidado,
puedo empezar desde hoy
á temer mi muerte, que es
en esto del pundonor
rarísimo su rigor.

Sale Inés. Ya, señora. *Viol.* Qué hay Inés?

Ines. Abaxo queda escondido
Don Diego.

Viol. Pues no aguardara
que mi padre se quietara?

Ines. Nadie al entrar le ha sentido.

Viol. Viene solo? *Ines.* Su Criado
pienso que con él entró.

Viol. Y aquella dama le vió?

Ines. No, ni por pienso pensado.

Sale Leonor.

Leon. Que ande tan cruel conmigo
hoy la fortuna inconstante,
que la casa de Violante
me haya dado por abrigo!
Ha Don Carlos, siempre ingrato!
cierto que quando llegué
á saberlo, me quedé
sin aliento mucho rato.

En fin, por su prima olvida
las finezas de mi amor?
que cobarde es mi dolor,
pues no atropella mi vida!
Pero ella está aqui: semblante,
vuelve adentro lo affigido.

Ines. Advierte que ella ha salido.

Viol. Amiga. *Leon.* Hermosa Violante,

Viol. Disimulemos, amor.

Ines. Señora. *Viol.* Ve á lo que digo.

Ines. Descuidar puedes conmigo.

C 2

Amparar al Enemigo.

Leon. Ya esperaba con temor
de tu padre la respuesta,
por ver si le dió disgusto
el hallarme aqui.

Viol. Era injusto
en ocasion como esta
tenerle; y asi mi accion
celebrando el escuchar
la causa de tu pesar,
imitó mi compasion:
pero amiga (no sosiego)
aguardame un poco aqui.

Leon. Ya es obligacion en mi
tu obediencia. *Viol.* Vuelvo luego.
Voy á ver como disculpa
Don Diego tan clara ofensa,
ó qué nuevo engaño piensa
acomular á su culpa.

Leon. Sobre esta silla (ay triste!)
sentarme un rato quiero

Dieg. Desde aqueste aposento
dueño sereis de todo lo que pasa:
á mi me importa que de aquesta casa
no salga nadie, amigo,
en tanto que estoy dentro: asi consigo
el hablar á Violante sin cuidado,
de que se vale honor, que en el estado
que mi venganza está, es caso injusto,
que á las leyes de honor se oponga el gusto.

Carl. Pues para eso en la calle no estuviera
mucho mejor?

Dieg. Ya quedan alli fuera
dos Criados, y asi me ha parecido,
que mas cerca estareis mas prevenido,
por si algo me sucede: la Criada
me espera, á Dios: diréle á mi encjada
alguna bien que frivola disculpa,
que disminuya mi pasada culpa. *vas.*

Carl. Cierto que imaginé que me queria
para reñir con él, y que sabia
quien soy; pero pues él no lo ha sabido,
mañana cumpliré lo prometido,
que de mi estoy ya con rezelo,
por ver que un dia he dilatado el duelo,
y no ya por Leonor, que aunque ella pudo;
pero no es esta, cielos? mas qué dudo!
si Don Diego á esta la ha traído?
O que nuevo veneno ha prevenido

por divertir mis penas,
si en ellas puede haber divertimiento.

A quién ha sucedido
tan pesados sucesos?
los daños se atropellan con los riesgos.
Fuera estoy de mi casa,
mi hermano está sangriento,
mi padre ya enojado:
y lo que siento mas, Carlos, ageno,
que todas estas penas
no llegaran á serlo,
si hubiera en él constancia,
que me sirviera á mi de sufrimiento.

*Duermese, y sale Don Carlos y Don Diego
de noche.*

Carl. No me direis, D. Diego, dónde vamos
tan misteriosamente.

Dieg. Donde estamos
os habeis de quedar.

Carl. Pues con qué intento?

el amor para un alma sin defensa
de su hermosura, hechizo de mi ofensa,
y viendome sediento,
suspendiendo y doblando mi tormento,
brindando está con su hermosura al labio,
en la taza penada de mi agravio.

Quiero dar otro paso
por apurarle la ponzoña al vaso.
Suspensa está quanto bella,
y cautamente procura
esconder en su hermosura
los rigores de mi estrella:
mi memoria en solo vella
á la queja se ha negado,
concediendose al cuidado:
ó ingratísima muger,
qué hermosa debes de ser,
pues lo dice un agraviado!
Con qué amables osadías
triumfa de un alma perpleja,
por mas que juzgue mi queja
sus imperios tiranías;
mas como las penas mías
son de este triunfo despojos,
la flaqueza está en los ojos,
que en un instante se ha hecho
la dura pasión del pecho,
blando afecto de los ojos.
Mas ya es mucho obedecer
á un dueño tan riguroso,
que en esta guerra es forzoso
el huir para vencer:
voyme; es mas de una muger,
aleve, falsa, y traidora?
no, pues vive Dios que ahora
á mirarla no tornara,
si mil veces me llamara.

Despierta Leonor.

Leon. Ay Carlos!

Carl. Llamó: señora.

Leon. Quién es?

Carl. No sé: un desdichado,
que aunque pudiste olvidarte
de quien soy, por este nombre
quizás podrías acordarte.

Leon. Don Carlos; pero qué dudo,
si es la casa de Violante?

qué presto el gozo de verle

se hizo razón de culparle!

Carl. Que me traiga aquí D. Diego *ap.*
á rehozar mis pesares!

Leon. Que me tenga aquí mi suerte *ap.*
á sufrir estos desayres!

Si querra ahora negar
que viene á ver á Violante?

Carl. Si negará que Don Diego
viene, porque envió á llamarle?
pero no hará, que mi queja
en su disculpa no vale.

Leon. Mas no hará, porque esto fuera
lisonjear mis pesares.

Carl. Mejor es irme y no oírlo,
que para ser tan mudable
aquella hermosura, es mengua
todo lo que persuade.

Qué he de hacer? acabad, penas.

Leon. Que no estoy para llamarle,
sino para irme á morir.

Carl. Por Dios que se va, y no hace
caso de que yo soy, será
porque le espera su amante:
vive Dios, que aunque yo quiebre
mi condicion, he de hablarla.
Pues no quiero que te vayas,
vuelve, que aunque te acabaste
para mi, no he de sufrir,
aunque tu rigor me mate,
que hagas un dichoso á costa
de mis infelicidades.

Leon. Don Carlos, para qué son
hazañerías? ya es tarde
para creerte, si habia
de entrar tu engaño á cegarme:
pues ves que estoy tan conforme
con padecer mis pesares,
con sufrir tus sinrazones,
con tolerar tus desayres,
que aun el quejarme no quiero
que te cueste el disculparte.
Dexame que acá á mis solas

tiernos afectos derrame,
 profundos gemidos forme,
 y ardientes suspiros lance:
 que aunque se los lleve el viento,
 por mudos y ineficaces,
 con que tu no los escuches
 se contentan, por hallarse
 en la region de tu oido
 mas vanos que en la del ayre.
 Sintiera mucho el perderte,
 como lo siento; mas pasen
 ternuras que cuestan mucho,
 y es muy poco lo que valen.
 Sintiera el perderte digo,
 si volviendo yo á mirarme,
 hallara, Carlos, en mi
 mas delito que adorarte;
 mas no seré la primera
 que á un ingrato::

Carl. Tu adorarme?
 qué dicha hubiera en el mundo
 igual á la de un amante,
 si el corazon y la lengua
 supieran solo un language?
 Calla, ingrata, vete, vete,
 no me hechices, no me encantés,
 que tengo ya á tus consuelos
 mas miedo que á mis pesares.

Leon. Esto se acabó.

Carl. Pues dilo
 sin llorar.

Leon. Yo lloro? ha pesares!

Carl. No lo ves?

Leon. Será; mas esto
 no es sentir.

Carl. Pues qué, enojarte?

Leon. Tampoco.

Carl. Pues qué, moverme?

Leon. Yo mover?

Carl. Pues qué, matarme?

Leon. No es eso.

Carl. Pues por qué lloras?

Leon. Dilo tú, pues que lo sabes.

Carl. Yo lo sé?

Leon. Si, que este llanto
 ya estaba con tus desayres
 quajado dentro del pecho,
 y con la accion de mirarme

lo desatas tan violento,
 que parece que lo atraes.

Carl. Cómo puede ser, teniendo
 tú el llanto, que yo le llame?

Leon. Yo te lo diré: No has visto
 algun helado cadaver,
 que si cautamente llega
 el homicida á mirarle,
 por las heladas heridas
 vierte líquida la sangre,
 causando esta novedad,
 no lo que siente el que yace,
 sino una fuerza que está
 en los rayos visuales
 del que le mira, la qual
 con ocultas propiedades,
 puede liquidar al verle
 lo que condensó al matarle?
 Pues así, Carlos, mi amor,
 que ya en mi pecho es cadaver,
 á quien quitaste la vida
 á heridas de tus crueldades,
 helado tenia tu llanto,
 que era su alimento facil;
 y con no sé qué virtud,
 que en tus ojos ocultaste,
 le has desatado, de suerte,
 que esto que lloro al mirarte,
 no es indicio de que siento
 mi mal, sino de que hace
 impresion en las heridas
 tu vista, y por ellas salen
 estas lágrimas, que son
 unos pedazos de sangre,
 que están en el pecho helado,
 y con verlas se deshacen.

Carl. Eso será; pero cómo
 te estás aquí, quando sabes
 quien te está esperando? tienes
 tan poco amor á tu amante,
 que para que te quisiese
 es menester que te aguarde?

Leon. Lo mismo estaba dudando
 de ti: tienes tan constante
 á tu dama, que no temes
 el hacerla este desayre?

Carl. Yo, qué dama, di?

Leon. Qué dama?

quieres que yo te la llame?
si, bien será: aguarda un poco.

Carl. Dónde vas?

Leon. Al punto salgo:

á fé, que ahora han de verse
sin embozo las verdades.

Carl. Ya te entiendo, vete, ingrata:
no ha tomado mal achaque
para irse á ver á Don Diego.
Mas qué ruido es este?

Ruido dentro, y habla Don Pedro.

Ped. Dame,
Fabio, una luz.

*Sale Don Diego, Violante y
Ines.*

Dieg. Don Lorenzo.

Carl. Amigo, pues qué hay?

Dieg. El padre

de aquesta dama me ha visto
con ella, y ha sido un lance
pesado: mata esa luz.

Carl. Tan presto hubo de encontrarle?

Viol. Yo estoy muerta!

Dieg. Aguarda un poco. *vans.*

Dentro Don Pedro.

Ped. Presto, matadle, matadle.

Carl. Ay mas extraño suceso!
pero Don Diego á guardarle
las espaldas me ha traído;
y aunque viniese á matarme
no he de faltar á quien soy:
mas ya parece que salen.

*Salen huyendo Don Diego, Doña Violante
y Ines.*

Viol. Don Diego, mi muerte es cierta.

Ines. Señora, huyamos.

Dieg. Violante,

vamos de aqui, que ya son
mios tus riesgos: tu padre
nos ha visto, esto es preciso,
que no tengo de dexarte
á sus rigores expuesta.

Ped. Por aqui entró, no se escape.

Dieg. Don Lorenzo.

Carl. Qué hay Don Diego?

Dieg. Procura que no me alcancen
los que me vienen siguiendo,
que yo volveré al instante
en habiendo puesto en salvo
de un peligro tan notable
esta dama.

Carl. El se la lleva.

Dieg. A Dios, Don Lorenzo.

Carl. Ha infame
fementida! ves quién eres?

Viol. Qué es esto? pero ya salen.

Carl. Anda, y dexame, que yo
sabré como he de vengarme.

Sale Don Pedro, y gente con luces.

Ped. Yo mismo le vi con ella,
y es el mismo que en la calle
estaba: aguardad, traydores,
porque aqueste acero::

Carl. Nadie;
pero señor.

Ped. Quién, Don Carlos?

Carl. Mi tio (ay mas raro lance)
en la casa de Leonor!

Ped. Carlos aqui? pues qué haces?
Carlos en mi casa ahora!

Carl. En su casa dixo: ay tales *ap.*
confusiones! Aqui es fuerza
de alguna industria ayudarme,
sin discurrir mas de que
me ha traído de su parte
Don Diego aqui. Yo señor,
de Madrid llegué esta tarde,
y para verte esta noche,
vengo á tu casa á buscarte.

Ped. Esto me faltaba ahora.

Carl. Mal acierto á disculparme.

Y como he visto, señor,
que con el acero sales
desnudo, saqué la espada,
como ves, para ayudarte.
Dime, pues, contra quien vienes
ayrado?

Ped. Yo, contra nadie.

Carl. Para que juntos los dos::

Ped. Que haya venido á estorbarme
Carlos ahora! *ap.*

Carl. Busquemos

al que se atrevió á enojarte.
Ped. Ven acá, sobrino, tú viste ahora salir alguien?
Carl. No señor: rara inquietud tiene! si fuese Violante la que Don Diego se lleva?
Ped. Quiero prevenir el lance, por si acaso disimula. Pues, sabe, Don Carlos, sabe, (el mismo caso me da medio para deslumbrarle) que hoy una dama afligida vino á mi casa á ampararse: porque un hombre quiso (fuese ó su marido, ó su amante) darla la muerte, y fue fuerza que en mi casa se quedase: y ahora él mismo, no sé con qué modo, ó con qué parte entró por ella en mi casa, y así resuelto á matarle salia.
Carl. Habráste engañado: si fuese Leonor? notable desengaño!
Ped. Ellos se van: Carlos, aguarda, al instante vuelvo.
Carl. En qualquier suceso es preciso acompañarte.
Ped. Ya no voy, que él me lo estorba: si supiera que á Violante; pero no son para dichos tan vergonzosos pesares.
Carl. Ya estarán los dos en salvo.
Ped. Carlos, tu vienes muy tarde, y así te puedes volver, que como no me avisaste estaba sin prevencion la casa, y tambien Violante estaba ya recogida: ea, Martin, ve á alumbrarle.
Carl. El mismo lo que deseo me facilita.
Ped. Al instante que se vaya mi sobrino, loco iré por esas calles á buscar á quien me agravia,

ó á morir si no le hallase.
Carl. Ha siempre ingrata Leonor!
Ped. Ha mal nacida Violante!
Carl. Tu con tu amante, y yo vivo!
Ped. Sin honra yo, y con ultraje! ó venguela ya mi acero.
Carl. O quiera el amor vengarme.
Ped. Pues me ha hecho mi desdicha:
Carl. Pues mi desdicha me hace:
Ped. Fíame de una hija aleve, para que mi honor profane.
Carl. Amparar al Enemigo, para que conmigo acabe.

JORNADA TERCERA.

Sale Muñoz, y Elvira tras él tapada.

Muñ. Tres calles ha que me sigue una muger con cuidado, y hasta mi casa me he entrado, por ver si acá me persigue. Dicho y hecho, venla aquí: señores, qué puede ser?
Elv. La casa quise saber, y al fin con ello salí.
Muñ. Muger, dime lo que quieres, que desde la plaza aqui te has venido en pós de mi, sin que yo sepa quien eres? Si has olido quatro reales que traigo sin tu licencia, escucha esta consecuencia: pues los sigues, no los vales.
Elv. Pasando por una calle le ví, y tras él me he venido; y ahora, pues ya he sabido la casa, quiero dexalle: yo iré á decirle á Leonor adonde vive su amante, que será nueva importante para templar su dolor.
Muñ. Callas acaso por yerro, muger?
Elv. No he de responder, por no darme á conocer. *vas.*
Muñ. Fuese? pues la puerta cierro, que la muger que se va,

si mal no me acuerdo yo,
puente de plata; mas no,
que por ella volverá.

Pero mi amo ha salido:
qué melancólico viene!
qué triste! no sé qué tiene,
que da en andar aturdido.

Sale Don Carlos muy triste

Señor: ay tal elevarse!

dónde vas, que no reposas?
dónde está aquel no matarse?
dónde aquel tomar las cosas
por donde puedan soltarse?

Incapaz ya de consejo,
triste estás á todas horas,
y tu semblante perplexo
trae con el agua que lloras
calado tu sobrecejo.

Dexa ese necio cuidado,
que la vida te limita,
mira que es mas acertado
el vivir con su pepita,
que morir desesperado.

Carl. Si tu supieras amar,
con lo que hoy en mi sucede,
te pudiera aqui probar,
quan mal olvidarse puede
lo que se quiere olvidar.
Pero de amor la pasion
ignoras, y así no pido
consuelos á tu razon,
porque quien no ha padecido,
no sabe de compasion.

Muñ. Tambien yo amar he sabido;
mas por mugeres, señor,
pocas veces me he afligido,
que de qualquier sinsabor
con un dexo me despido.
Vosotros os deshaceis,
os pudris, y aniquilais.

Carl. Los picaros no quereis,
solamente desais.

Muñ. Y los señores, qué haceis?
Sin deseo nadie ha amado,
que amor de tan buena ley,
viendose acá mal parado,
ya se fue muy enojado
á los Palacios del Rey.

En cuya noble aficion,
en cuya estrecha clausura,
y en cuya muda ocasion,
se compone una locura
con muchisima razon.

Mas dexemos esto aqui,
porque consolakte ordeno:

Carl. Tú á mi?

Muñ. Si señor, yo á ti;
y si no te dexo bueno
te dexaré asi asi.

Tu no quieres olvidar
á aquesta muger? violenta
tu gusto, y sin desmayar,
pues has caido en la cuenta,
ayudate á levantar.

Carl. Nada habrá que yo no intente
por verme menos sujeto;
mas si me esfuerzo valiente,
viene á parar en un quieto
lo que empieza en diligente.

Muñ. Poco á poco tu salud
busco, aunque es peligroso
el ímpetu en la virtud,
y no puede sin reposo
adquirirse la quietud.

Carl. Ya procuro cada dia
algo de su perfeccion
borrar en el alma mia,
y este espacio en la razon
me cansa como porfia.

Muñ. Si á los ojos se te ofrece
hermosa, advierte despues,
que por otro te aborrece;
y acuerdate de lo que es,
y no de lo que parece.

Carl. Este remedio violento,
ya lo saben mis enojos;
pero quando mas lo siento,
no basta mi entendimiento
á persuadir á mis ojos.

Muñ. Pues busca, si así no sanas,
muger verde, que en dos horas
sacará muchas ancianas;
que el remedio de las Moras,
tambien es de las Christianas.

Carl. Divertirme he procurado,
Ayuntamiento de Madrid

vuelvo á mi propio cuidado,
que es muy prolija salud
la de un dolor engañado.

Muñ. Prueba á poner tierra en medio.

Carl. No es facil, mucho lo dudo.

Muñ. Animate.

Carl. No hallo medio.

Muñ. Pues confiesate á menudo,
que es santisimo remedio.

Carl. Dexa eso, y dime si acaso
has visto á D. Diego. Muñ. No:
mas no me dirás qué acaso
fue el que á noche te pasó?

Carl. Diréte lo aunque de paso.

Llevóme anoche consigo
Don Diego, y yo juzgué cierto
que reñir queria conmigo,
porque habia descubierto,
que soy su antiguo enemigo.

Llegué armado de valor
á una casa, donde vi
esa muger.

Muñ. Quién, señor?

Carl. A esa muger.

Muñ. A quién, dí?

Carl. Esa muger, ó Leonor?

Muñ. Qué al fin la viste? eso mas?

Carl. Para eso el llamarme fue.

Muñ. Desengañado estarás?
y hablastela?

Carl. Si la hablé.

Muñ. Boca tienes, tragarás.

Carl. Digo, pues, que le amparé,
y que á Leonor se llevó,
y en su defensa quedé;
y quién piensas que salió
tras él, luego que se fue?

Muñ. Quién? el padre de Leonor?

Carl. No sino mi tio.

Muñ. Tu tio?

Carl. El mismo (ay lance mayor!)

Muñ. Fue encanto!

Carl. No hay lance mio
sin estrañeza, ó horror:
mas quedate aqui, que quiero
salir solo.

Muñ. No saldrás
solo, señor, si primero

no me dices donde vas,
que soy honrado escudero.
Yo tu razon no te quito,
mas contigo estaré bien
para qualquiera conflicto:
y si riñes tú, tambien
riño que me despepito.

Carl. Quedate; pero han llamado?

Don Diego Dentro.

Dieg. Don Lorenzo, haced abrir.

Carl. D. Diego es, no me he engañado,
abre: aqui le he de cumplir
la palabra que le he dado.

Dieg. Estais solo, Don Lorenzo?

Carl. Solo está aqui ese Criado:
qué quereis?

Dieg. Muñoz, no importa:
sabed que vengo á cansaros,
como siempre, y ampararme
de vos.

Carl. De mi? que no acabo
de amparar al enemigo!
no vi mayor embarazo.

Dieg. Sabed que para ocultar
á la dama que sacamos
de su casa anoche, hoy
de vuestra casa me valgo,
y de vos.

Carl. De mi?

Dieg. Su vida
solicita vuestro amparo.

Carl. Amparar á la enemiga!
ya vi mayor embarazo.

Dieg. En su casa han ya sabido
parte de lo que ha pasado,
y ya me han dicho que tienen
noticia de mi, y es llano
que han de buscarme en mi casa;
y para qualquiera caso,
es mejor que no esté en ella
la causa de mi cuidado.
Yo estoy en Valladolid
forastero, y mientras hallo
un Convento en que tenerla,
á vuestro quarto la traigo.

Carl. Qué decis?

Dieg. Que está en un coche
junto á la puerta aguardando:
ya sé que sois tan mi amigo,
que esto y mas puedo fiaros:
voy por ella, que ya he visto
que estais solo.

Vase Don Diego.

Carl. Ay mas estraños
sucesos!

Muñ. Pues qué mas quieres,
si te la trae á tus manos?

Carl. Veslo, pues aun no estará
convencida de mi agravio.

Muñ. Que ya, señor, vendrá humilde,
pues viene á pedir un quarto.

Carl. Qué desayre hiciera yo
con que quedara vengado?

Muñ. Esto de bofetadas,
aunque entre gente de garbo
no está en uso, aqui lo apruebo,
que es linda razon de estado
lo de cansar una cara
para descansar un brazo:

y es, en fin, un quasi cosa,
que siempre ha sido acertado.

Carl. Calla, necio: á una muger
llegar las manos?

Muñ. Es malo?

pues dala muchas patadas,
y no llegarás las manos.
Mira, las coces tambien
son gran cosa por lo baxo,
que á ellas solo las duele
lo que las duele; y por tanto,
para caminar con ellas,
cada coz monta dos pasos.

Carl. Que halle siempre esta muger,
quando mas de ella me aparto?

Muñ. Sabes en lo que pensaba
ahora?

Carl. En qué?

Muñ. En redomazo,
que á una bellaca alevosa,
un bellaco redomado:
mas ya sale, Dios te ayude
para estornudo tamaño.

Carl. Sirvame aqui de valor
la memoria de mi agravio.

*Salen Don Diego, Violante,
y Inés.*

Dieg. El amigo es tal, que puedo
Violante mia fiaros.

Viol. Volvereis luego?

Dieg. Al momento.

Don Lorenzo, en avisando
en un Convento que está
aqui cerca, de este caso,
volveré: valor, hermoso
dueño mio, pues que causo
yo tus pesares: á mi
me toca ya remediarlos.

Vase.

Viol. Yo no me pienso quitar
ahora del rostro el manto,
porque será contingente
que me conozca: ha ingratos
cielos, qué de sustos sabe
un diade un desdichado?

Carl. Vive Dios, que ahora, ingrata,
no han de poder tus engaños
mas que mi verdad: á fé
que han de quedar apurados.

Viol. Ay Dios! Inés, qué hombre es este

Ines. Señora, yo estoy temblando.

Carl. Dime ahora que me quejo,
sin mas razon, que llevado
de una condicion, que forma
de sí misma sus agravios.
Di ahora que soy entero,
cruel, riguroso, ingrato,
porque ofendido no busco,
porque no ruego irritado.
Ponte á llorar, por tu vida,
como sueles, por si acaso
me muevo al ver que te quejas;
que desde ayer he notado,
que en las mugeres que lloran
con mas tiernos aparatos,
no nace en el corazon,
sino en los ojos el llanto.

Ya te conozco, enemiga.

Viol. El sin duda me está hablando
por otra.

Ines. O se ha vuelto loco,
ó está el pobre endemoniado.

Carl. Cubierto el rostro me escuchas?
mas bien haces, no me espanto,

D 2

Amparar al Enemigo.

que es muy malo para verse
sin defensa un agraviado.

En fin, á Don Diego adoras?

En fin, por él me has dexado?

Es. Esto no es hablar contigo?

l. Oye, que es notable caso.

Al paño Doña Leonor, y Elvira.

l. Esta es la casa, que yo

la hallé siguiendo al criado.

n. Perdida, Elvira, me veo,

y es fuerza que de Don Carlos

me valga: pero qué es esto?

l. Vamonos que está ocupado.

n. Valgame Dios, que faltaba

este pesar sobre tantos!

l. Niega que ayer fuiste á hablarle,

quando yo te vi en el campo,

y niega que anoche estuvo

contigo.

l. O traidor! ó falso!

que estuvo con otra dama?

n. Zelos le pide: ha villano.

l. Vamonos de aqui, qué esperas?

n. Cómo, Elvira, que nos vamos?

l. Pues qué quieres?

n. Ver si ahora

quiere negar mis agravios.

l. Qué dices? no te disculpas?

n. Responde.

l. Señor Don Carlos,

qué es esto Cielos? Leonor,

qué voz no es esta? ay mas casos,

que confundan mi discurso!

n. Pesame de embarazaros;

pero soy poco sufrida,

no he podido escusarlo.

l. Leonor, es aquesto sueño?

que me ha entregado

Don Diego aqui (ya se ha abierto

la senda á mis agravios)

Violante? esto es preciso,

es fue el suceso pasado

en la casa de mi tio,

es de mas fondo este caso,

ya en darle muerte estoy

en dos causas empeñado.

Señor Don Carlos Pacheco.

Viol. Mi primo es este; ay mas raros
empeños!

Leon. A mi me importa

á solas un poco hablaros;

y asi, esa dama perdone,

ó no perdone, que estando

una muger como yo

quejosa de vuestro trato,

nada es primero en el mundo

que satisfacerme: vamos,

señora, que he menester

el puesto desocupado,

Carl. Advierte.

Leon. Vos me advertis?

habeis acaso olvidado

mi condicion? acabemos,

reyna, que me voy cansando.

Muñ. Si se arañasen las dos?

que las mugeres de ogaño

tienen el duelo en la uña.

Viol. Esta es, en la voz reparo,

la que amparé ayer: no quiero

responderla, porque es caso

contingente conocerme,

y delante de Don Carlos

nombrarme: yo me retiro

á estotra pieza, entretanto

que vuelve Don Diego aqui.

Sigueme, Inés.

Ines. En qué andamos,
señora?

Viol. No sé: voy muerta.

Leon. Esto no es entrarse al quart?
cómo? cómo?

Carl. Pues qué quieres?

Leon. Solo ver esto, Don Carlos.

Carl. Ya lo has visto.

Leon. Y te parece

que puedo yo tolerarlo?

Carl. Pues á ti ya qué te importa?

Leon. En fin, que ya me has dexado?

Carl. Yo no á ti, accion fue tuya.

Leon. Y qué he de perder tus brazos?

Carl. Son prisiones? ya estás libre.

Leon. Y qué, estás determinado

á ser de otra?

Carl. No me apures.

Leon. Acaba de pronunciarlo.

Carl. Si estoy.

Con. Ha pesia mis ojos,
ahora me falta el llanto!

vamos, Elvira. Elv. Señor,
tira de nosotras. Leon. Vamos.

Elv. No es él quien tiene la culpa,
sino este picaronazo

de Muñoz, que es su alcahuete,
y agente de sus pecados.

Muñ. Oyes, oyes; tu alcahuete
á mi, quando yo te callé

tu nombre, siendo muger
de estas que se usan ogaño,

donde el sentido comun
es el sentido del tacto?

Carl. Calla, loco.

Con. Ven, acaba.

Elv. Eres acaso de marmol,
y nos dexas ya?

Carl. Elvira,
ella se va: ya no estamos

solos? si tiene que hablarme,
yo la escucharé

Con. Don Carlos,
solo el hallarme perdida,

solo el mirar arriegado
mi honor, y el estar mi vida,

sin algun refugio humano,
por vos todo, y por mi todo,

porque quise bien á un ingrato,
me hiciera retroceder

de mi razon; pero os hallo
tan tierno con otra dama,

que quando llego á escucharlo
por ver lo poco que vale

mi razon, se ha retirado,
y tambien vuestra nobleza,

por ver lo poco que valgo:
asi me vuelvo resuelta,

por ver si conmigo acabo
de una vez, aunque me pese.

Elv. Espera, Leonor, un rato,
que quiero satisfacerte

de lo que has imaginado,
y por ti, que no me importa,

no solo porque quando
intentas con mis acciones

justificar tus engaños,

no te he de dexar razon
que disminuya mi agravio.

Esta dama que aqui hallaste,
por cierto notable caso,

en que me empeñó un amigo,
se ha valido de mi quarto.

Elv. Por cierto buena salida,
cosas de un amigo anciano,

socorro de estos aprietos
mientras al caso no vamos.

Leon. Mira, Elvira, qué disculpa!

Carl. Esto es verdad.

Muñ. Por Dios Santo,
que la está diciendo pura,

aunque se la están aguando.

Carl. Muñoz, di tu lo que pasa,
pues que presente has estado.

Elv. Preguntadsele á Muñoz,
que es el de sus pasos falsos.

Y ese Evangelista acotas,
siendo texedor tan malo,

que el hilo de la verdad
se le enreda á cada paso?

Muñ. Pues tu te atreves?

Sale Don Diego.

Dieg. Amigo.

Muñ. Don Diego.

Leon. Ay Cielos, mi hermano
aqui tambien!

Elv. Ay tal caso!

Carl. De enojo, y de zelos rabio.

Dieg. Mi bien ya queda dispuesto
El Convento, y esperando

la carroza: Don Lorenzo,
á Dios: dueño mio vamos.

Carl. Valgame el cielo!

Muñ. No es nada
lo que esto se va apretando.

Carl. Ay Mas extraño suceso!
si ahora le desengaño,

y le digo, que está dentro
la que él aqui me ha dexado,
ha de quererse llevar
á mi prima: pues si callo,
ha de llevarse á Leonor:
rara duda: mas qué aguardo?
con mi obligacion cumpliendo
uno, y otro he de estorbarlo.

Dieg. A Dios, D. Lorenzo amigo:
venid, señora.

Carl. Aguardaos:
de aqueste modo ha de ser,
que tengo un poco que hablaros.

Dieg. A mi?

Carl. Si, á vos.

Dieg. Pues dexadme
estar sin el embarazo
de esta dama.

Carl. Antes que os vais ha de ser.

Muñ. Esto va malo.

Dieg. Decidmelo presto, pues.

Carl. No sé si habeis olvidado,
que ayer os di la palabra
de poneros con Don Carlos
Pacheco?

Dieg. Ya me acuerdo:
cómo he de haber olvidado
cosa que tanto me importa?
pero han sido tantos casos
los que han pasado por mí
de ayer acá, que acordaros
no he podido esa palabra.

Carl. Pues ya le tengo avisado.

Dieg. Qué decis? mucho lo estimo?
mas decidme, para cuándo?

Carl. Para luego.

Dieg. Para luego; y dónde?

Carl. Considerando
que en esta Ciudad ahora
estais ocultos entrambos,
por el riesgo de que os vean,
en un jardin retirado
de esta casa, á vuestro duelo
tengo señalado campo.

Dieg. Amigo, el cuidado estimo;
pero á la puerta de abaxo
llamaron.

Carl. Mira quien es,
Muñoz.

Muñ. Yo voy á mirarlo.

Leon. Qué puede haber sido, Elvira,
lo que los dos han hablado
á parte? Válgame Dios,
qué frecuentes sobresaltos!

Muñ. Señor, Don Pedro de Acuña
es el que abaxo ha llamado.

Dieg. Qué dices? Don Pedro es?
Don Lorenzo, fuerte caso.

Carl. El padre de aquesta dama
es este: señora, entraos
allá dentro, presto, presto,
que yo quedo aqui á ampararos.

Muñ. Fuerte lance ha sido este!

Leon. Entra, Elvira: bien me ha estado
que venga Don Pedro ahora.

Ely. Presto, que ya está en mi quarto.

Escondense, y sale Don Pedro.

Ped. Nadie está aqui que responda,
y así resuelto me he entrado:
desde que anoche Violante
faltó de mi casa, ando
haciendo mil diligencias,
y ya tengo averiguado
quien ha sido el agresor
de atrevimiento tan raro.
Y viniendo poco á poco
siguiéndole yo los pasos,
me parece que aqui dentro
le ví entrar; y por si acaso
me engañé, y fue en otra casa,
dexo en la calle á un Criado,
de quien fue fuerza fiarme,
porque vió el lance pasado,
para que me avise, y vengo
resuelto aqui á averiguarlo,
y á vengar mi honor, supuesto
que hasta tenerle vengado
no me he de poner delante
de mi sobrino Don Carlos.

Pero alli está un hombre; ois?

Muñ. Señor.

Ped. Muñoz: raro caso!
si vive aqui mi sobrino?

Muñ. No está en casa.

Ped. Quién?

Muñ. Mi amo.

Ped. Esto es peor, vive Dios,
jurara que habia entrado
aquel hombre aqui: mas cómo
en la casa de Don Carlos
pudo entrar? sin duda fue
en la casa mas abaxo.

En esotra casa pienso
entrar, y si no le hallo,
no he de salir de la calle
hasta ver mi honor vengado;
que en tales cuidados, solo
la diligencia es descanso.

Muñ. Yo voy á ver en que entienden
las escondidas del quarto,
y mi amo que yo entiendo
que con D. Diego ha baxado
de mala, y he de decirles,
que son unos mentecatos,
porque el matarse por hembras
es una accion de machos.

Vanse, y salen D. Carlos y D. Diego.

Dieg. Aqui decis que ha de estar
D. Carlos Pacheco?

Carl. Si.

Dieg. Pues no le descubro aqui.

Carl. Dexame ahora cerrar
la puerta.

Dieg. Muy bien se vé
desde aqui todo el jardin,
y no está en él: á qué fin
venimos?

Carl. Yo os lo diré.

Don Carlos soy, no os asombre,
que si en Flandes me he llamado
Don Lorenzo de Alvarado,
me importó ocultar mi nombre.
Vuestro valor me buscó,
y hoy por un nuevo pesar,
no solo me dexo hallar,
mas tambien os busco yo.
Razon tengo muy bastante,
y asi yo, pues me he empeñado,
habeis de salir casado
con Violante.

Dieg. Con Violante? qué decis?

Carl. Dexemos vanos
rodeos, obre ahora la razon.

Dieg. Hable la espada.

Carl. A las manos.

Dieg. A Las manos:
de este modo satisfaga.

Carl. La espada quebré, advertid;

pero no importa, reñid,
que á mi me basta la daga.

Dieg. Pues tengo nobleza yo,
que hace á la vuestra igualdad,
ser mas valiente intentad,
pero mas bizarro, no.

Id por la espada.

Carl. Remisa
es vuestra ira, ya voy.

Dieg. Id, que muy de espacio estoy.

Carl. Y yo vuelvo muy de prisa.

*Vuelve á abrir la puerta, y vase
D. Carlos.*

Dieg. Raros sucesos han sido
los que hoy por mi han pasado,
aun para estar admirado
me va faltando el sentido.

Cielos, pues cómo Violante,
de Don Carlos su honor fia?
qué confusion á la mia
será igual, ó semejante?

*Dentro Don Carlos, Leonor, Violante,
y Muñoz.*

Carl. Dexadme entrar.

Muñ. Vive Christo,
que andan allá mil espadas.

Leon. Detente, Carlos amigo.

Viol. Caballeros, reportaos.

Ped. Nadie impida un ofendido.

Carl. Quién es?

Ped. Don Carlos.

Carl. Señor.

Ped. A muy buen tiempo has venido.

Don Diego ofendió mi casa:
mi opinion está á peligro.

Violante es la que padece,
harto con esto te he dicho:
yo he de matarle.

Carl. Eso no.

Ped. Tu lo impides?

Carl. Yo lo impido,
tu honor cobro: entre los dos
estaba ya el desafio
empezado, ha de acabarse,

Amparar al Enemigo.

y tu no has de interrumpirlo.
Ped. Yo he de fiar de otro brazo
 venganza del honor mio?
 aparta.
Carl. Aguarda, señor,
 y repara en lo que digo;
 que si no me tocá á mi,
 porque aqui llamado he sido,
 para matarle despues,
 Amparar al Enemigo.
Leon. Caballeros, deteneos,
 y oidme un poco.
Dieg. Qué miro?
 mi hermana? dexadme dar
 muerte á una aleve.
Leon. No impido
 tu enojo aunque lo dilato
 hasta que restituido
 mi honor, la sangre que vierta
 no manche tu azeró limpio,
 D. Carlos, que está presente,
 es por quien ha padecido
 mi opinion: por él estoy
 sin remedio, sin abrigo:
 por él mi casa he dexado,

por él mi padre he perdido.
 El señor Don Pedro es
 gran Caballero, y su tio:
 vos, D. Diego, sois mi hermano:
 ved, pues, los dos, si el delito
 de mi amor, y de su engaño
 pide remedio, ó castigo.
Carl. Luego D. Diego, es hermano
 de Leonor? qué es lo que he oido?
Viol. Luego es hermana Leonor
 de Don Diego?
Dieg. Luego es primo
 Carlos de Violante? *Carl.* Ya
 cesaron los zelos mios.
Ped. Ya cesaron mis temores.
Dieg. Ya de mi duda he salido.
Muñ. Eso si, pleguete diez,
 acabaran de decirlo.
Carl. Yo doy la mano á Leonor,
Dieg. Yo á Violante se la pido.
Leon. Yo la aceto.
Viol. Yo la ofrezco.
Ped. Yo uno y otro confirmo.
Muñ. Y yo salgo aqui á pedir
 perdon, ó á lo menos un vitor.

Se hallará esta Comedia, y otras de diferentes Títulos, en Salamanca,
 en la Imprenta de la Sta. Cruz, por D. Francisco de Tozar.